

LA MUJER EN LA SOLIDARIDAD CON LOS POBRES Y EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, FSpS*

* Es religiosa Hija del Espíritu Santo. Nació en el puerto de Ensenada, B. Cfa., México, el 7 de abril de 1960; es la cuarta de seis hermanos, uno de ellos es religioso marista. Estudió con las Hijas del Espíritu Santo, en donde sintió el llamado de Dios. Ingresó a la Congregación en 1974 y emitió sus primeros votos en 1977. Se recibió de maestra normalista y después realizó el bachillerato en Filosofía con la Universidad Pontificia de México y el de Teología con la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma; adelantó una maestría en Patrología en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Fue profesora de educación en la fe en primaria y secundaria y maestra de postulantes y novicias; coordinadora y profesora del Instituto Inter-religioso de formación de la CIRM; fue enviada a iniciar una comunidad en El Alto, Bolivia, y Santiago de Chile. Es la Superiora General de su comunidad desde 2005, fue reelegida en el último Capítulo General. Fue Vicepresidenta de la CLAR y de la CIRM. En la XVIII Asamblea General de la CLAR fue elegida como Presidenta y reelegida en la XIX Asamblea de la CLAR para el trienio 2015-2018.

Resumen:

Este artículo, es más que nada, la narración de una experiencia, de aquello que “se ha visto y oído” de la Vida Consagrada femenina en nuestro continente latinoamericano y caribeño. El Papa Francisco nos alienta a reconocer nuestro aporte, como mujeres, al mundo, a la Iglesia y a la creación. Hay mujeres consagradas que desde la cotidianidad, están dando su aporte. Unas, desde los pequeños gestos cotidianos, desde los servicios más simples; otras, en espacios más visibles, pero igualmente comprometidas con la opción por los más pequeños. Lo que en el fondo alienta a estas mujeres es Jesús mismo, su compasión y solidaridad, su ternura y cuidado para los que el Padre le ha confiado; y María de Guadalupe, la Mujer en salida al encuentro de la vida que clama.

Es muy común ver a mujeres que viven el voluntariado, entregando comida a personas en situación de calle, ayudando en la educación formal o informal, cuidando enfermos, ancianitos.

Se dice de las mujeres que sabemos escuchar y ponernos en los zapatos de los demás, compasivamente. Que somos sensibles y creativas. Juntas y en colaboración somos capaces de mover montañas. *“Las mujeres, poseyendo características peculiares, pueden ofrecer un importante aporte al diálogo con su capacidad de escuchar, de acoger y de abrirse generosamente a los otros”*, manifiesta el Papa Francisco¹.

Alguien dijo que solidaridad se escribe en femenino: el 70% de los trabajos de voluntariado en el mundo lo realizan las mujeres. En nuestras culturas latinoamericanas y caribeñas, en los ambientes más populares y sencillos, es todavía frecuente ver el apoyo mutuo entre las mujeres, entre las vecinas: desde el compartir un poco de comida hasta el ayudarse a cuidar a los niños. Tal vez, somos más sensibles a esta solidaridad por la situación de invisibilidad y marginación que se ha vivido dentro de la sociedad por muchos años. El Papa Francisco expresó que: *“La explotación de las personas es un crimen de lesa humanidad, es verdad. Pero la explotación de la mujer es un crimen mayor, porque destruye la armonía que Dios ha querido dar*

¹ 9 de junio de 2017

*al mundo”*². Y también ha dicho que, es algo habitual que las mujeres se ocupen de los más desfavorecidos³, de vivir el cuidado y la preocupación por los demás.

Voy a hablar de una porción de mujeres que constituimos lo que comúnmente es llamado Vida Religiosa o Vida Consagrada. No soy teóloga, simplemente una mujer que camina a pie con sus hermanas, que se siente profundamente feliz por la vocación de seguir a Jesús en este estilo de vida, y que quiere dar un testimonio agradecido.

A lo largo de estos años en mi servicio como presidenta de la CLAR (Confederación Caribeña y Latinoamericana de religiosas y religiosos) he tenido el privilegio de acompañar a muchas mujeres que desde su consagración en la VR están construyendo el Reino, desde la solidaridad y el cuidado de la casa común. Esto que he visto y oído es lo que aquí les comparto, para que estemos en comunión y nuestro gozo sea completo.

Solidaridad y cuidado de la casa común son dos realidades que van muy de la mano. Creo que las dos están basadas en una cultura del

² Febrero de 2017

³ 9 de junio de 2017

encuentro. Dios Trinidad es encuentro, y por eso se encarna y asume en nuestra carne a toda la creación. La Encarnación es un misterio de solidaridad y al mismo tiempo de ecología. El Misterio de la Encarnación ilumina desde su raíz y llena de sentido cada gesto de solidaridad y de cuidado de la casa común.

Si es cierto que como mujeres tenemos capacidad de escucha y de empatía, lo que nos mueve a la VC femenina a la solidaridad y al cuidado de la casa común, es ante todo, la compasión solidaria de Jesús, su amor apasionado por el Padre y por la salvación de la humanidad y de la creación entera. Nos mueve la fascinación por Él, por su Reino, por verlo y tocarlo en el rostro y en la carne de nuestras hermanas y hermanos más pobres, excluidos. Nos mueve María de Guadalupe, la Mujer fiel y solidaria que camina con su pueblo. Nos mueve nuestro mundo empobrecido, y nuestra tierra explotada y maltratada. En definitiva nos mueve el Espíritu Santo, el “en” de Dios, que nos mueve y conmueve las entrañas del corazón y que al mismo tiempo, es lo entrañable de nuestro amor por Dios, por nuestras hermanas y hermanos, por la creación entera.

Cómo intentamos vivir la solidaridad y el cuidado de la casa común:

Desde los cuándoos...

La VC femenina nació de la compasión solidaria... Cuántas mujeres a lo largo de la historia lo testifican. Cada una de ellas encarna esta compasión en un compromiso que les implica la vida entera, ya sea desde la vida contemplativa o apostólica. No terminaríamos de escribir en este momento la lista de todas esas mujeres fundadoras, o no, que han encarnado estas dos dimensiones de manera clara y significativa.

En AL, sobre todo con el acontecimiento del Concilio Vaticano II y de su recepción en la Conferencia Episcopal de Medellín, la VC femenina se deja cuestionar en lo más profundo de sus raíces, y con generosidad y pasión se deja involucrar en el movimiento del Espíritu que la lleva a buscar caminos de encarnación, a releer sus carismas desde el Evangelio y el carisma fundacional, así como desde los signos de los tiempos.

Las congregaciones femeninas procedentes sobre todo de Europa, inician una verdadera

transformación. Llegan también religiosas de Estados Unidos, de Irlanda, de Francia, de Canadá, resueltas a vivir con radicalidad evangélica sus carismas, con presencias que, muchas de ellas hasta el día de hoy, están en medio de realidades marginales y por lo tanto proféticas.

Las congregaciones femeninas originarias de Latinoamérica y el Caribe, se suman a este movimiento del Espíritu. Creo que no hubo congregación religiosa que no se preguntara en este momento, por dónde había que caminar, cómo habría que responder, y hacia dónde... De aquí surgieron numerosas respuestas, pero todas ellas tratando de responder, desde sus carismas, a este *Kairós* del Espíritu que vino con el Concilio Vaticano II y con Medellín.

Se puede decir que más que nombres concretos de mujeres podemos hablar de la VC como un solo cuerpo, que en su diversidad carismática responde al Espíritu.

No voy a exponer aquí la historia de estos procesos, pues no tengo los elementos para hacerlo. Ciertamente que la época de

los 70 o de los 80 tuvo su pasión, su profecía, su significatividad... No podemos negar que tal vez, también la VC femenina frenó este impulso y se estacionó en su audacia y profecía... Sin embargo, en estos tiempos, también al impulso del Espíritu que nos motivó a la refundación y resignificación de nuestros carismas, se percibe una Vida Consagrada en salida, motivada por la figura de María de la Visitación, que quiere “*salir aprisa al encuentro de la vida*”, más corporativamente, como “*una sola Mujer*”.

Desde los dónde...

Hace unos días salió en las noticias el encuentro de algunas mujeres líderes que se reunieron en México para tratar el tema ecológico. Son mujeres en favor del cuidado de la casa común. Pero hay otras muchas mujeres, de las que no se dice nada en los periódicos, y que día a día viven la solidaridad y el cuidado desde presencias aparentemente irrelevantes pero muy evangélicas. Dice un poema mariano de Mons. Casaldáliga que bien se puede aplicar a la Vida Religiosa femenina:

*Como el ave del Tiempo vas y vienes,
de la casa a la calle, del Misterio al
misterio,
muchas veces al día,
y llevas con tus pasos el compás de
las horas...
Tú sabes qué es vivir a pulso lento,
sin novedad para la prensa humana.*

Mujeres Religiosas que están presentes en los rincones más alejados de la Amazonia, en comunidades pequeñas, sencillas; compartiendo el clima, los trabajos, las carencias de la gente que acompañan y cuidan... Mujeres muy felices y que narran sus vivencias con verdadero gozo y a veces con lágrimas. Mujeres que viven en zonas de riesgo, que les ha tocado cobijar familias, comunidades enteras, cuidando sus vidas, muchas veces exponiendo las suyas... Viajando en canoas por los ríos-caminos, permaneciendo ahí, en donde todo mundo quiere huir, porque quieren estar, acompañar, cuidar. Continuando el poema de Mons. Casaldáliga:

*Un día nace un niño, y tú lo acunas.
Y un día muere un hombre, y tú lo
velas.*

Mujeres que desde la educación cuidan el corazón de los niños, de los jóvenes, ayudan a

tomar conciencia de la ciudadanía, de que a base de pequeños compromisos, cotidianos, constantes, podemos hacer la diferencia... Mujeres que enseñan en las grandes universidades o en los rincones más pobres, pero desde el mismo lugar teológico, movidas por la compasión solidaria.

Mujeres que desde el ministerio de la salud tocan la carne de Cristo, y con el gesto y la palabra alivian sobre todo los cuerpos vulnerados por la enfermedad, por la violencia, etc...

Mujeres que acompañan a las comunidades indígenas haciéndose unas con ellas, respetando sus culturas, descolonizando sus mentalidades, ayudando a valorar su dignidad como personas, a buscar caminos de superación.

Mujeres que acompañan a los migrantes en su camino, que junto con otras mujeres cocinan, preparan, y salen al encuentro de los caminos de la muerte, de las "Bestias" que surcan las vías hacia el norte... mujeres samaritanas que se han desplazado a lugares de paso para salir al encuentro del caminante. Junto a las Patronas de Amatlán está una comunidad religiosa acompañan-

do; y en un reciente albergue de migrantes en la Cd. de México, las religiosas reciben diariamente 60, 70 o más personas entregándoles una casita donde, como María de Guadalupe, “*les muestran todo su amor*” dándoles un pan, un techo, pero sobre todo, una escucha atenta a sus historias y a sus sueños.

Mujeres que acogen a los deportados, como en Nogales, al norte de México, curando las heridas del desierto, las ampollas del camino, y sobre todo el corazón atravesado por la desesperanza, por no haber alcanzado su sueño o por ser obligado a dejar a su familia.

Mujeres que están comprometidas en los derechos humanos, en procesos de justicia, paz e integridad de la creación, que se involucran en cuestionar políticas migratorias, mujeres que hacen oír su palabra y se abren espacio en donde aún es difícil entrar, bien sea en la sociedad como en nuestra misma Iglesia. Muchas de ellas presentes en la ONU, abogando, día a día, por los pobres y por el cuidado de la creación. Durante una marcha por la paz, en México, a la cual fueron convocadas todas las familias mexicanas,

cuando la gente veía a las religiosas incorporándose a la marcha les decían: “*Hermanitas, con ustedes sí nos animamos a salir*”.

Mujeres que dedican horas y horas, cara a cara, a la escucha atenta que conforta, que sana heridas, que se convierte en espacio para respirar y tomar fuerzas para continuar el camino. Mujeres del Espíritu que ayudan a discernir, a escuchar la voz de Dios, a ir encontrando caminos que den sentido de vida... Son hermanas que junto con la edad han adquirido santidad y sabiduría y son especialistas en estar, en escuchar.

Mujeres que oran sin cesar, como las hermanas contemplativas, que son como “*graneros de paz*” que sostienen al mundo, que cuidan la ecología del espíritu, que con sus vidas orantes favorecen el florecimiento de la esperanza, de la paz, de la justicia, de la verdad.

Mujeres que viven cuidando a otras mujeres, que valoran la ancianidad, que no descartan a los que la sociedad descarta, sino que, cuidan con ternura el tesoro de sus vidas hasta acompañarlas en su paso al encuentro definitivo con el Padre. En la esquina de

mi casa general, en México, todos los días salen unas hermanas a la calle a servir los alimentos a las y los ancianitos que viven solos, y se congregan al mediodía comenzando a formar una comunidad, una familia, en torno a ese gesto simple pero tan humano de dar a comer al hambriento.

Mujeres que tienen sus comunidades en medio de zonas en donde el tráfico humano y la prostitución son muy evidentes, ellas permanecen con las puertas abiertas para escuchar, para orientar, para cuidar la ecología del espíritu tan devastada por el pecado social y personal. En la calle 22 de Bogotá, está una comunidad inserta en un barrio de prostitución... recorrí con ellas las calles para saludar a las mujeres que ahí trabajan y me dijeron: míralas siempre a los ojos porque así se sienten tratadas como personas.

Mujeres madres, que no han tenido hijos biológicos pero sí muchos hijos del alma, por quienes velan sus sueños, que son hermanas, madres.

Mujeres que tratan de formar en construcción de espacios de vida, que saben y ayudan a otros a sembrar, que cuidan parcelas,

que siembran flores... que embellecen el ambiente y los espacios que tocan... que reciclan, re-usan, que generan armonía. El Papa Francisco lo dijo: La mujer es la que pone armonía en la vida.

Muchas de estas mujeres visitan las cárceles, escuchan al preso, visitan sus familias, oran con ellos y les ayudan a hacer procesos de perdón y reconciliación.

Mujeres que acompañan a los jóvenes, que tratan de entender sus preguntas, sus dinámicas, y les ayudan a encontrar su sentido de vida, su lugar en el mundo y en la creación.

Mujeres dobladas ya por el peso de los años, como las ramas del árbol que se inclinan por el peso de los frutos, y que desde las palabras dichas y aún más con la mirada, desde el dolor de la enfermedad, de la pérdida de memoria, ofrecen cada latido, cada suspiro por la salvación del mundo, para que el Reino acontezca. Ellas son las mujeres latido. Recuerdo una de ellas que en lo más duro de su cáncer, temiendo que tal vez perdiera la conciencia, me pidió que escribiera en una hojita sus frases o consignas preferidas, para que en los momentos más

difíciles, cualquiera que estuviera a su lado, las tomara debajo de su almohada y se las leyera... Otra de ellas, que en su agonía tomó su crucifijo y comenzó a hacer en el aire infinidad de cruces, bendiciendo a sus hijos espirituales por quienes estaba ofreciendo sus últimos momentos.

Mujeres que han muerto a causa de la violencia, de la ambición humana, mujeres ultrajadas y violadas simplemente por ser presencia alternativa, solidaria; por ser de Jesús y de su Reino.

Detrás de cada uno de estos párrafos están rostros concretos que he visto y oído... y detrás de ellas hay cientos y cientos de otros rostros que viven lo mismo en lo cotidiano... sin aplausos, sin hacer noticia... como el riachuelo que fecunda la tierra casi sin sentirlo... y que alimenta desde su pequeñez a la nube que dará su lluvia a la árida tierra.

Mujeres cuerpo, mujeres María, mujeres Visitación... mujeres del encuentro, que no dejan de ser muy humanas, ni de tener defectos, pero que precisamente por humanas y vulnerables, son capaces de caminar solidariamente con sus hermanas y hermanos, y saben

de la necesidad de cuidar la vida fragmentada también en las y los demás, en la creación entera.

Desde los cómo...

La VC femenina va comprendiendo cada vez más que juntas somos más, y por eso se está comprometiendo a formar redes contra la trata de personas, de justicia y paz, redes en favor del cuidado de la Amazonia; de congregarse en comunidades intercongregacionales haciendo frente a poblaciones vulneradas por los terremotos, como las comunidades intercongregacionales en Haití, o ante los inexplicables incendios, como las comunidades que acaban de nacer en Chile; ... mujeres que no se detienen porque son menos que antes, o porque tienen más años que antes..., sino que con creatividad buscan su fuerza en la comunión y en la interrelación, confiadas en las maravillas que hace el Espíritu cuando nos vinculamos, cuando actuamos desde la comunión.

Alguien dice que la solidaridad se escribe con nombre de mujer... y me encantó escucharlo.

Doy testimonio también, de que me he encontrado en la CLAR,

con grandes mujeres consagradas teólogas, biblistas, psicólogas que con su aporte riquísimo ayudan a que avance y se fundamente una espiritualidad solidaria y ecológica. Sin duda, todavía, hay mucho camino por hacer... Y las mujeres consagradas tenemos ante nosotras, muchos espacios que aún no hemos alcanzado, y una responsabilidad enorme en nuestra formación humana, espiritual, teológica que favorezca un diálogo igualitario, que nos dé herramientas para incidir y enriquecer desde nuestra mirada de mujer, al mundo masculino, a la Iglesia Petrina.

Creo también que desde la profecía de la pequeñez se generan cambios que están transformando en el mundo, las realidades diversas... *“Mucha gente pequeña, en muchos lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, es capaz de transformar al mundo”*.

Y con la palabra pequeñez me estoy refiriendo a esa pequeñez de María, pequeñez bendecida y engrandecida; pequeñez llena de fuerza, de profecía, de servicio, de cuidado atento, de caminos de encuentro. Pequeñez que sale a buscar su lugar, que no se queda en el intimismo de su espíritu,

sino que con humildad confiada y audacia mariana busca el espacio para la profecía, para la solidaridad, para la esperanza.

La VC en general, y la VC femenina está llamada a ser ante todo signo. Signo para las demás mujeres que, como ella, están hechas para la solidaridad y para el cuidado de la casa común, para desparramar vida. Signo de mujeres que despierten a otras mujeres, que ayuden a despertar la conciencia para darnos cuenta de nuestra misión dentro de la Iglesia y de la creación.

En mi camino al aeropuerto para viajar a Roma un taxista un poco mayor, casi me confesó, y me pidió que le platicara qué hacía en Texas, cómo vivíamos ahí las Hijas del Espíritu Santo, qué misión realizábamos. Con sencillez le platiqué lo que como comunidad intentábamos hacer en relación con los migrantes y las familias hispanas. Me escuchó con tanta atención... y al ayudarme a bajar las maletas me dijo mirándome fijamente a los ojos, con un tono tierno, casi como de un hijo: *“Madrecita, ¡cuídenos! ¡Cuídenos a todos!”*. Lo primero que quiero hacer al regresar a mi casa en

Texas es escribir estas palabras y ponerlas en algún lugar donde las pueda ver.

Termino con esta oración:

*Los pobres y la tierra están clamando:
Señor, tómanos a nosotras con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que venga tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.
Alabado seas.
Amén⁴.*

⁴ Oración de las Hermanas Teresianas